

Aquella tarde con Teresa

Carlos Gil Zamora
Director de Artezblai y de la librería Yorick

Un día de otoño del año mil novecientos sesenta y siete entré en un despacho del Instituto de Estudios Norteamericanos de Barcelona para atender a un anuncio del tablón en donde se pedían actores y actrices para el Grupo de Teatro. Estudiaba inglés, comía hamburguesas y andaba tonteando con una compañera que se había apuntado la tarde anterior al grupo y me comentó que hacían falta gente. Teresa es la culpable que desde ese momento nunca abandonara la práctica, el estudio, los sueños alrededor del Teatro.

El Grupo se llamaba Go-Go Teatro Experimental Independiente, en el edificio había un teatro de más de doscientas localidades un escenario bien dotado, incluso con regulador de intensidad de las luces, unos camerinos. En uno de ellos se leía un nombre Emma Beltrán que después acabó siendo Emma Cohen. Acababan de salir un grupo de gentes de teatro que habían creado el grupo, le habían dado presencia, tenían un prestigio en el teatro independiente, entre ellos Mario Gas. Nunca los había visto actuar antes. Hasta entonces mi relación con el teatro había sido muy circunstancial, a través del *Cercle Catolic* del Clot de Barcelona, donde había sido *dimoni o pastoret*, de la escuela, donde en ese mismo escenario, canté una canción, en ese edificio donde jugaba al escondite en sus butacas y telones. Es decir, en casi todo menos en la práctica del teatro, pese a que allí había un plantel, una compañía *amateur* que en ciertos momentos hacía una obra cada quince días.

Cuando me encontré tomando clases de interpretación, haciendo lecturas de obras de teatro, me enseñaban a pronunciar con corrección, de repente conocí a autores como Osvaldo Dragún, Alfonso Sastre, Clifford Odets entre otros muchos. Allí se practicaba mínimo tres días a la semana,



se hacía teatro americano, pero también teatro contemporáneo español, es decir entré en una dinámica que consistía en aprender, ensayar, ver teatro, discutir sobre teatro, relacionarme con personas de teatro. Todo ello era compatible con la militancia política. Sí. Desde ese momento he recorrido millones de kilómetros primero como aficionado, después como profesional viendo teatro, haciendo teatro, criticando teatro.

Si miro con detenimiento parte de mi currículum teatral, siempre veo a una mujer delante, detrás o al lado. En muchas ocasiones, durante varios años, la misma mujer. La que me servía de inspiración, de sustento, de maestra, productora, actriz o simplemente compañera, pero todas relacionadas con el teatro. Eran proyectos de vida y proyectos teatrales a la vez. Desde aquella tarde que siguiendo a Teresa me apunté a un grupo de teatro, no he salido jamás de un teatro, por la puerta de carga o por la puerta principal, por la de artistas o por la de reservistas. He hecho de todo en el teatro. Empecé como actor, con aspiraciones, pero al comprobar mis limitadas facultades enseguida me puse a dirigir, actividad con la que mejor me identifiqué. Pero he descargado camiones, he puesto focos, levantado escenografías, de regidor, en todos los casos con la misma pasión. Para sobrevivir por un lado, pero, sobre todo, para no apartarme de la vocación.

Una vocación que se transformó por simbiosis en una doble pasión, el periodismo teatral, la crítica, la información. Y por en medio escribía escenas, tras las improvisaciones, alguien las tenía que poner en orden, la escritura posterior, la producción, la gestión, tanto de compañías como de festivales, pasé de ser un alumno de la Adriá Gual, a tallerista por medio Europa, la práctica constante, el dar el paso al otro lado, intentar transmitir los conocimientos que uno ha ido acumulando. La supervivencia en los términos más pragmáticos ha sido a través de la gestión primero, pero sobre todo a través del periodismo en diferentes facetas, crítico de varios asuntos, artes escénicas como principio, televisión, toros o literatura, siempre en el campo cultural.



En los primeros tiempos la fascinación por el Teatro fue en el plano personal, la realización, el descubrimiento de una vocación, que rápidamente se fue trufando con una visión política del mismo, el intentar hacer un teatro popular, en los términos marxistas, que sirviera a las clases populares, en un principio desde la perspectiva de la semiprofesionalidad, pero de repente llega la profesionalización, y se pierden impulsos, ya que se entra en una dinámica donde es lo inmediato lo que cuenta. Puedo asegurar que aquellos primeros años en Go-Go, con toda la fuerza de la experimentación, del conocer otros lenguajes y poderlos poner en práctica, sin necesidad de justificar nada, en plena libertad, incluso hasta mi paso al Instituto catalán de Cultura Hispánica, y su grupo Teatro Experimental Hispano Americano, un contacto con autores, actores, directores latinoamericanos, han sido con mis talleres y escuelas regladas lo que han configurado mi manera de entender el teatro. Este punto de vista que en ocasiones es dogmático, que con los años se va asentando en otros pilares, pero que no dejan de influir siempre.

Por eso el hacer teatro profesional, al menos en mi caso, me quitó inocencia, frescura, ganas de cambiar. Sin darse cuenta uno es engullido por las circunstancias, por el sistema y debe acomodar su propia creatividad a un mercado en un tiempo muy difuso, pero que hoy es algo que marca de una manera muy excluyente.

A fecha de hoy me encuentro con una trayectoria como periodista teatral a través de *Artez*, crítico en el periódico *Gara*, analista en otros medios, pero con ganas de dedicarme a la práctica. Escribo, ahora en solitario, es decir sin saber quién lo hará. Acabo de dirigir en Córdoba (Argentina) una obra mía, y en esta experiencia última descubrí que cuando estoy en una sala de ensayo no tengo ni sueño, ni hambre ni sed. No me duele nada, no me importa quién ha ganado las elecciones y casi, casi, ni me preocupa saber el resultado del Barça. Y todo por aquella Teresa, a la que tanto le debo. Y que hace décadas que no sé de su vida.

